JAIME EYZAGUIRRE



EDICIONES CULTURA HISPANICA

14. SER O NO SER

El triunfo revolucionario de 1891 fue algo más que la victoria sobre la voluntad empecinada de un hombre y el derrocamiento de una dictadura surgida por el curso fatal e irrevocable de los hechos. Con ser que la América hispana ha tenido el hábito de la agitación política, no sería fácil encontrar en ella casos similares al ocurrido por entonces en Chile. Y es que sus guerras civiles, largas y sangrientas, han sido más el fruto de las ambiciones de los caudillos personalistas y del sedimento anárquico que legó la emancipación, que el resultado de un cambio fundamental en la mentalidad de los hombres o en el giro de los pueblos. No podría decirse que las asonadas de tipo americano hayan faltado en Chile; pero aquí, amén de ser escasas y, como tales, ajenas al alma nacional, jamás han producido los hondos trastornos que en otros sitios del continente. El motín de Quillota contra Portales y el del 20 de abril de 1851 contra Montt no conmovieron en nada la estructura del gobierno y de las instituciones. En cambio, las guerras civiles de 1830 y 1891 no sólo cambiaron a los detentadores del poder, sino que dieron una nueva y decisiva orientación al curso de la historia.

Cuando Prieto vencía en Lircay, era la urgencia colectiva de una autoridad firme la que acababa imponiéndose sobre el militarismo y los ideólogos. Y cuando el Partido de Balmaceda cayó en Concón y Placilla, fueron las fuerzas del espíritu liberal, de los terratenientes y de los financistas, las que, emancipándose de la tutela monopolizadora y absorbente del Ejecutivo, no sólo cobraron vida propia, sino que abatieron a éste en su prepotencia y lo transformaron en un mero juguete de sus deseos y ambiciones. En uno y otro caso la revolución no brotó del súbito capricho de un hombre o del ciego arrebato de un pueblo enardecido, sino que fue la resultante de un madurado proceso del alma colectiva. El instinto de conservación aristocrático, tocado por la anarquía en su substancia, fue capaz de reanimar a tiempo en 1830 el antiguo hábito monárquico de obediencia y defender precisamente

con él los pasos inseguros de la República en germen. La conciencia de autoridad y el elemento llamado a sostenerla existían, pues, mucho antes de la victoria de Lircay y lo que ésta hizo fue sólo conjugarlos en una acción positiva. De igual manera, los factores que en 1891 se conciertan para producir el derrumbe del poder presidencial tienen una larga raíz en el tiempo, y si otro más dúctil o débil que Balmaceda hubiera acaso evitado el desenlace sangriento, ni él ni nadie habrían logrado impedir la firme y segura marcha de los sucesos. Sea por efecto de la educación o del contacto mayor con influencias extranjeras; sea por lejano atavismo castellanovasco antiestatal; sea, en fin, por el crecimiento efectivo de la opinión pública, ya no dispuesta a seguir con pasividad las órdenes paternalistas del gobierno, el hecho es que la eliminación del poder presidencial afluye a la superficie como el resultado de una evolución consciente y arraigada. Y si los ecos de Lircay se hicieron sentir por sesenta años en la vida de la República, los de Concón y Placilla iban a perdurar no menos de seis lustros.

En su testamento político Balmaceda intuyó el curso que iban a seguir los hechos después de su caída. «Mientras subsista en Chile —fueron sus términos— el gobierno parlamentario en el modo y forma en que se le ha querido practicar y tal como lo sostiene la revolución triunfante, no habrá libertad electoral, ni organización seria y constante en los partidos políticos, ni paz entre los círculos del gobierno. El triunfo y el sometimiento de los caídos producirán una quietud momentánea; pero antes de mucho renacerán las viejas divisiones, las amarguras y los quebrantos morales para el Jefe del Estado.»

Los treinta años que siguieron a la victoria revolucionaria se encargarían de confirmar paso a paso esta predicción. La unidad conseguida entre los diversos grupos políticos para la común empresa de anular el Ejecutivo, no fue posible mantenerla después de alcanzado ese propósito. El juego de las ambiciones e intereses introdujo luego su poder disgregador entre las fuerzas un momento armonizadas, anulando dentro de ellas a conservadores, como Yrarrázaval, y radicales, como Manuel Antonio Matta, que habían buscado con la caída de Balmaceda sólo el triunfo del ideal abstracto de libertad. Las cuestiones doctrinarias, que otrora apasionaran los ánimos de los congresales, atraen cada vez menos su atención. Lo que ahora interesa es sólo la conquista del poder por las satisfacciones y beneficios que él entraña y no un plan determinado de gobierno.

El Partido Liberal, que antaño había agitado y hecho triunfar las reformas teológicas, se encontraba casi sin programa después de suprimido el fuero eclesiástico y de dictadas las leyes de cementerios laicos y matrimonio civil. Y esta carencia de miras superiores y rutas definidas iba a promover en su seno la generación de personalismos que, conspirando contra su unidad, lo quebrantarían en tantas fracciones como esperanzas presidenciales se alentaban en sus filas. El Partido Nacional, que se atribuía la herencia política de Montt y de Varas, había ido derivando en un reducto de banqueros y altos comerciantes. Santa María lo llegó a definir como un grupo

advenedizo «sin doctrina ni pueblo», en el que «falta todo para ser partido, y si no fuera por los dineros de Edwards, con los que compromete a muchos apurados, apenas tendría palillos con que tocar en la caja». Hasta el mismo sector que había estrechado sus filas en torno a Balmaceda, desaparecido ya el jefe y enfriados los rencores de la lucha civil, no vaciló en acercarse a los enemigos de la víspera y participar activamente en sus combinaciones.

A uno y otro extremo de la arena política se situaban los conservadores y radicales. Sin permanecer extraños al sutil juego por la conquista del poder, albergaban aún ciertos restos de doctrinarismo, que se hacían efectivos al plantearse la cuestión educacional. Reclutado entre los terratenientes de viejo arraigo, el Partido Conservador acrecentaba su fuerza eleccionaria, no sólo con la entrega pasiva del voto del inquilinaje, sino también con el apoyo espontáneo y eficaz de otros sectores modestos de las ciudades, que se sentían a él ligados por motivos de afinidad religiosa. Las apasionadas cuestiones teológicas bajo la presidencia de Santa María, habían confirmado a este partido en su papel de defensor de los derechos de la Iglesia, que escogió desde la querella entre el arzobispo Valdivieso y el gobierno de Montt, y ahora, queriendo compensar la pérdida de influencia en la instrucción oficial, luchaba por la libertad de enseñanza de los colegios particulares.

El radicalismo, por su parte, aglutinaba elementos librepensadores de dispar extracción social, tales como mineros de Copiapó, latifundistas de Concepción, profesores universitarios de Santiago y maestros de escuela de toda la República. Sostenedor de los principios del jacobinismo revolucionario francés, quería para el Estado el monopolio de la enseñanza y se esforzaba por imprimir a la misma, desde su órgano supremo, el Consejo de Instrucción Pública, un carácter eminentemente laico.

Si al Partido Conservador se le tenía como portavoz del clero, que en general no actuaba de manera ostensible en la política, al Partido Radical se le señalaba como el órgano público de expresión de las logias masónicas. Nutridos así en fuentes tan opuestas, el antagonismo de ambos se hacía infranqueable y la presencia de uno en el poder importaba la necesaria exclusión del otro. Siendo los partidos de mayor base electoral y de más firme solidez interior, no había gobierno sin la participación de uno de ellos. Pero como sus fuerzas no alcanzaban a ser suficientes para permitirles detentar el poder solos, debían recurrir al concurso de los grupos liberales que acabaron así por transformarse en el suplemento indispensable de toda combinación de partidos.

Esta última circunstancia iba a traer consigo un reajuste permanente en los pactos políticos. Acosados por conservadores y radicales, deseosos de formar mayoría, los fragmentos del liberalismo oscilaban de uno a otro extremo, cediendo o retirando sus fuerzas decisivas tras una ventaja circunstancial. Semejante juego no pudo sino repercutir fatalmente en la continuidad de la acción gubernativa. Los ministerios, que necesitaban contar con la confianza del Congreso para mantenerse en el poder, caían con cre-

ciente periodicidad al ritmo oscilatorio de las mayorías, sin alcanzar a llevar a efecto reformas de importancia, ni abocarse a la solución definitiva de los grandes problemas. El régimen irresponsable de la asamblea había así reemplazado al Ejecutivo fuerte de antaño, esterilizando los propósitos de los mejores y más bien intencionados estadistas, y reduciendo al Presidente de la República a la tarea pasiva de simple ejecutor de la voluntad parlamentaria.

Por otra parte, la influencia del Jefe del Estado en el campo electoral—tan decisiva en tiempos anteriores, en que llegó a parecer lógico que, como un gran tutor, pensara en nombre de la multitud anónima e inconsciente— se hallaba ahora del todo aniquilada por la invasión de fuerzas nuevas y de menor categoría moral. No sólo la comuna autónoma vino a contener la intervención del gobierno, sino el nacimiento del caciquismo político paradójicamente incubado a la vera de esa misma institución, para ahogar en otra forma la libertad de sufragio que ella se propuso conseguir. El municipio rural había derivado en un feudo de los propietarios poderosos, que se servían de sus policías para afianzar el triunfo del partido de sus aficiones e impedir el voto de los electores contrarios. Conscientes de su poder, sabían los caciques negociar con ventaja su influencia entre los candidatos, haciendo a éstos pagar caro su indispensable apoyo.

En cuanto al panorama de las ciudades, no era mejor, pues la ampliación del sufragio universal colocó el voto en manos de una gran masa carente de educación cívica y de miras definidas, que acabó por transformarse en mercadería negociable para los partidos. El cohecho, ejercido sin escrúpulo, vino a entregar a los sectores plutocráticos el control de la vida política, a costa de un rebajamiento progresivo de la moral popular, de suyo poco asentada.

Esta intervención del dinero como factor determinante de la vida cívica, debía coincidir con un desvanecimiento de la conciencia nacional en el seno de la antigua aristocracia. Desde mediados del siglo XIX el aumento de la riqueza y las comunicaciones habían ido horadando la existencia sedentaria y labradora de sus hijos e introduciendo en los mismos acentuadas preocupaciones cosmopolitas. De igual modo que la generación literaria de 1842 vio en Francia la máxima expresión de la inteligencia, los acaudalados señores de la tierra acabaron por mirar en ella la más alta escuela del refinamiento y de la elegancia. «Nosotros que nacemos ahora a la francesa —llegó a escribir Vicente Pérez Rosales, en quien el baño extranjerizante no alcanzó a alterar su reciedumbre criolla—; que paladeamos bombones franceses; que vestimos a la francesa, y que apenas sabemos deletrear cuando no vemos otra cosa escrita sobre las portadas de las tiendas, sobre las paredes y hasta sobre el mismo asfalto de las veredas: peluquería francesa, modas francesas, etcétera, y que al remate, apenas pinta sobre nuestros labios el bozo, cuando va nos hemos echado al cuerpo, junto con la literatura francesa o su traducción afrancesada, la historia universal y muy especialmente la francesa, escrita por franceses, ¿qué mucho es que se nos afrancese hasta la médula de los huesos?»

Y esta fanática admiración a lo francés, que le hacía desdeñar como añejas o bárbaras las severas costumbres de antaño, no sólo iba a precipitar al aristócrata en la pendiente de un lujo acentuador de las diferencias de clase, sino a mantenerle perennemente insatisfecho de cuanto lo rodeaba y a no desear otra cosa que huir de su tierra a la busca de solaz indefinido a las orillas del Sena. No fue un caso aislado el del ministro de Chile en París, Francisco Javier Rosales, que mientras murmuraba sin descanso de su patria ponía el mayor énfasis en la defensa de la causa de Francia durante la guerra de Crimea. El novelista Alberto Blest Gana, que vivió en Europa sin repudiar jamás lo vernáculo, acabó por coger la pluma para definir con dureza en Los trasplantados la imagen de esos chilenos tan desdeñosos del terruño como prontos a reclamar de él las rentas que les eran necesarias para vegetar en su vanidosa holgazanería.

La dilatada ausencia de estos aristócratas del suelo patrio trajo consigo el abandono de sus haciendas en manos de mayordomos o arrendatarios, que descuidaron el contacto afectivo con el inquilino que en ellas habitaba y sólo persiguieron el mayor rendimiento económico. La convivencia de tipo familiar mantenida por cientos de años entre patrones y trabajadores, que nacieron y se criaron al calor de una misma actividad, va así debilitándose gradualmente y en algunos sitios se pierde para siempre. La repercusión fatal de este hecho no sólo iba a sentirse en el incremento de la industria, sino en el ascenso espiritual de la masa campesina. Habituada ella a adquirir por el contacto diario con el patrón de pura sangre europea los hábitos de cultura más altos, quedó ahora a merced de administradores con frecuencia extraídos de su misma retrasada capa social. De esta manera sus bajas tendencias, como la borrachera y el crimen, debían encontrar un favorable clima para su desenvolvimiento.

El retorno al país del propietario, rara vez alcanza a reparar estos daños. El apego al refinamiento de la vida social europea no le resigna a trocarla por la incómoda y sencilla de los campos. La atracción que sobre él ejercen las profesiones liberales, particularmente la abogacía, que le habilita mejor que otras para lograr éxito en la política, le radica definitivamente en las ciudades. Su visita a las haciendas es esporádica y si llega a establecerse en ellas no lo hace sin transformar la vieja casona rústica en una mansión, más que confortable, lujosa, llamada a ofrecer fuerte contraste con el rancho burdo y primitivo de los inquilinos.

Mientras la población campesina conservaba incólume su pasiva dependencia del patrón, las masas obreras de las ciudades y de los centros mineros del Norte iban tomando conciencia de su poder. Ya en los tiempos de Balmaceda el artesano más acomodado había unido sus fuerzas en un nuevo partido político, el Democrático, puesto al servicio de los intereses de la clase

asalariada. Pero en los comienzos del siglo XX, el anarquismo y el socialismo marxista, de finalidad claramente revolucionaria, comienzan a incubarse en los sectores obreros. Las primeras huelgas, brotadas como resultado de esa propaganda que sabe aprovechar para sí la condición desmedrada en que vegeta el asalariado, son reprimidas de manera sangrienta. El principio liberal de la no intervención sigue respetándose en los grupos de la política dominante como dogma invariable y la idea de reglamentar las condiciones del trabajo parece a muchos una intromisión abusiva en el libre juego de las leves económicas. Apenas, como una momentánea excepción, las doctrinas sociales de León XIII se encarnan en uno que otro miembro del Partido Conservador para dar origen a ciertas normas de protección obrera. Pero esta tendencia tiene escaso eco en su misma tienda política. El individualismo se ha arraigado ya demasiado en las clases dirigentes, y si por momentos tolera alguna medida capaz de paliar excesivos abusos, subsiste en ellas la oposición a todo intento de reforma integral. El despertar de los nuevos estratos sociales, hasta entonces pasivos, y su pugna por incorporarse en la vida política, sigue siendo para los ojos de la aristocracia terrateniente y de la oligarquía plutocrática un fenómeno sin sentido y de proyecciones impalpables. Ambos grupos dominantes viven ensimismados y extraños al ritmo dinámico que va tomando la historia.

La ventaja progresiva que en la constitución económica del país había ido adquiriendo el capitalismo financiero sobre la vieja estructura agraria, como asimismo el éxodo de la población rural hacia las grandes ciudades y el desarrollo de la enseñanza pública, contribuyeron a dar rápido impulso a la clase media, hasta entonces poco desenvuelta. Y precisamente por súbito este crecimiento careció de verdadera maduración. Fuerte en número, ella reclamaba la dirección de la política nacional, que logró conquistar memorablemente el año 1920, en que la lucha de clases se presentó por primera vez como factor determinante en las contiendas electorales. Pero este triunfo iba a lograrlo, más por la decadencia y ceguera de las capas superiores que por la posesión de propias y singulares aptitudes.

Mientras el burgués europeo llegó a delinear una conciencia genuina y diferenciada y supo dar forma y sentido a su clase, el chileno de la capa media exhibió más bien una fisonomía híbrida e insegura frente a las claras y auténticas del «caballero» y del «roto». Su temor a merecer el desdeñoso epíteto de «siútico» con que le lapidaban desde arriba, le hizo vivir a menudo en perpetua fuga de su ambiente, en continua negación de sí mismo. Socavado por un fuerte complejo de inferioridad, acechaba al aristócrata con resentimiento, pero no podía resistir a la tentación de imitarle en sus costumbres. Y mientras su palabra se hallaba siempre pronta a la acre condenación de la «oligarquía reaccionaria», su mente vivía en la esperanza de lograr con sus miembros un vínculo de sangre o de amistad.

Porque entraba a la arena política carente de toda tradición y a la zaga de una aristocracia en progresiva declinación moral, la clase media tuvo que ser cauce propicio al juego de aventureros y demagogos, a menudo de

escasa sangre chilena, cuando no nacionalizados de última hora. Su lenguaje encendido y pleno de violencia, extraño a la parquedad usual del ambiente, conmovería el corazón de las masas populares y, explotando sus legítimos anhelos de reforma, acabaría por conquistar el apoyo de las mismas para el logro de sus ambiciones personales.

La influencia del liceo iba, por otra parte, a gravitar con fuerza en la crisis del alma nacional y sobre todo en la psicología de la clase media, nutrida espiritualmente en sus aulas. Una enseñanza calculada sin discriminación de modelos extranieros, invadida de un cientismo analítico y pretencioso, indiferente a toda preocupación formativa del carácter y de espaldas a la historia y al alma chilenas, no era propicia para moldear voluntades recias, cerebros aptos a las grandes síntesis, ni estadistas capaces de afrontar con honradez y conocimiento los grandes problemas nacionales. ¿Será inexacto —decía ya al comenzar el siglo Enrique Mac-Iver, prestigioso dirigente del radicalismo- el hecho de que estando más extendida la instrucción y siendo más numerosas las personas ilustradas, las grandes figuras literarias y políticas, científicas y profesionales que honraron a Chile y que con la influencia de su saber y su prestigio encauzaron las ideas y las tendencias sociales, carecen hasta ahora de reemplazantes? Hemos tenido -agregaba- muchos hombres de la pasada generación de nombradía americana y aun europea, y no parece que nadie se ofenderá si digo que no acontece lo mismo en la generación actual».

Esta enseñanza importada de naciones que vivían una etapa cultural diferente o que habían alcanzado una madurez aún del todo desconocida en países como Chile, debía activar aquí un proceso de mutación artificial del alma colectiva. Sobre ella se fueron superponiendo ropajes extraños, que junto con impedir su natural crecimiento evolutivo, hicieron de las ideas e instituciones trasplantadas un verdadero escarnio. Se jugó a la literatura francesa, al parlamentarismo inglés y a la comuna suiza. Y todo acabó en un remedo caricaturesco y fallido de las formas originales. Pero el reiterado fracaso de los ensayos imitativos, en vez de atribuirse a la infecundidad intrínseca de todo trasplante artificial o prematuro, y reconciliar al chileno con su auténtico destino, sólo sirvió para acentuar el escepticismo en la propia eficacia.

La crisis política de 1924 trajo consigo la muerte del sistema parlamentario y la dictación al año siguiente de una Carta fundamental que se empeñó por contraste en acentuar la prepotencia del Ejecutivo sobre el Congreso. Pero este paso teórico de la ley no correspondió a una rectificación intrínseca de la vida política. Si de un lado consumó la separación pacífica de la Iglesia y del Estado, para satisfacer las últimas aspiraciones del doctrinarismo liberal, concediendo a la vez a la Iglesia una libertad coartada hasta entonces por el régimen de patronato y facilitando así una prescindencia en las luchas de partido, que ella buscaba con empeño, del otro se mostró impotente en su afán de devolver desde luego al Jefe del Estado los ingénitos

atributos del mando y el prestigio inherente a sus funciones, que una larga etapa de predominio parlamentario le había arrebatado. Y es que el nivel moral de la política no podía ascender súbitamente por el sólo ministerio, ni contenerse por ésta la desintegración de los partidos y el crecimiento de los personalismos.

El convulsionado mundo europeo enviaba por añadidura el eco de sus graves problemas y la enconada lucha entre la democracia liberal y las nuevas concepciones de tipo totalitario, fascistas y comunistas, se proyectaría asimismo sobre el revuelto campo de la política chilena, para acentuar aún más su complejidad y hacer más difícil una solución firme y definitiva. Ya no se trataba de resolver un simple problema local. Eran los padrones básicos de toda una cultura los que se tambaleaban seriamente sin que aún pudiera vislumbrarse con nitidez la fórmula adecuada de sustitución. La interdependencia cada vez mayor de los pueblos y la íntima trabazón espiritual de Occidente no permitían a aquéllos coger a su antojo un ritmo singular y exclusivista. Menos habría podido intentarlo Chile, cuya propia fisonomía, en lugar de acentuarse, iba más bien en trance de debilitamiento.

La década siguiente a la promulgación de la Carta constitucional de 1925 presenció el auge de la anarquía política y vino a probar que si el parlamentarismo había retardado las tareas constructivas del gobierno, al menos sirvió de cauce legal al espíritu de oposición, y que, privado éste de una legítima válvula de escape, debía buscársela al margen de las instituciones y con peligro de ellas mismas. Chile pareció retrotraer un siglo atrás a la tumultuosa era pipiola. Como entonces, gobiernos civiles efímeros, asonadas de cuartel y dictaduras militares se fueron sucediendo unos a otros, pero ahora no sin dejar una huella indeleble de su paso. Una legislación del trabajo minuciosa y de avance, y un Estado de tipo socialista con sus correspondientes órganos de control de la iniciativa privada, brotaron como conquistas intangibles del Y a este hondo cambio vino a sumarse muy luego, a manera de contrapartida de la crisis económica del mundo, un acelerado desarrollo en la manufactura nacional, comienzo de un movimiento liberador de la economía chilena, que idearía más adelante todo un plan progresivo de industrialización.

Un proceso de tanta magnitud, realizado, a diferencia de otros pueblos de América y de Europa, en un margen insignificante de tiempo y en medio de una agitación interior en cierto modo transitoria, prueba cuán fuerte es aún el rico acervo de cultura adquirido en cien años de ordenada vida nacional, y asimismo que el tablero tortuoso de la acción política, en que se juega con una mezcla paradójica de avidez y escepticismo, no revela todo el contenido del alma chilena. El hombre sano y patriota, que dista de constituir una rara excepción, aunque pueda llegar a serlo en el tiempo, se halla excluido por voluntad propia o ajena de hacer sentir allí todo el peso de su influencia. Pero su labor silenciosa y constante no se pierde para la colectividad y ella sabe compensarse por su intermedio de la desorientación o inep-

cia de los gobiernos. Allí están los ingenieros, que vivifican nuevas fuentes de riqueza y delinean todo el porvenir económico de la república; los médicos, que proclaman hasta lejos de la frontera la capacidad científica de un pueblo joven; los músicos, que abandonan las imitaciones gastadas para cantar las propias posibilidades; los poetas, en fin, que ahondan en la substancia misma de la tierra para extraer de allí toda una forma virgen de belleza. Esos recónditos y genuinos acentos telúricos, jamás oídos en el lenguaje español, que los líricos han lanzado a la evidencia, suenan como anticipaciones de una voz que lucha aún trabajosamente por abrirse paso entre sombras de desengaño y muerte, y luces señeras de afirmación y vida. Oscilar dramático entre el abismo y la cúspide, entre el ser y el no ser, en que se debate todo el inconsciente de Chile, y de cuya definición postrera penderá el destino final de su historia.